

## SERMON

## DE LA ANUNCIACIÓN DE MARÍA SANTÍSIMA.

*Quomodo fiet istud, quoniam virum  
non cognosco?..... Ecce ancilla Domini,  
fiat mihi secundum verbum tuum.*

¿Cómo se hará esto, porque yo no  
conozco varón?..... He aquí la esclava  
del Señor, hágase en mí según tu pa-  
labra.

(Ex Ev. Lucæ, c. I. v. 25 et 28.)

Dos versículos y dos Misterios: una interrogación de la virtud sobresaltada, y una respuesta y resolución del corazón tranquilo y satisfecho: una Virgen santamente turbada, y una sierva dulcemente sometida; el verso primero vale á María una maternidad divina; el segundo á la humanidad su redención y su gloria.

Porque las glorias del hombre no pueden separarse de las de Dios, al tratar del Sacramento escondido á la vista del siglo, como denomina San Pablo al Misterio inefable de la Encarnación del Divino Verbo, en las entrañas virginales de la hermosa y casta doncella de Nazareth; porque la naturaleza humana que existe en Cristo sin persona, y vive únicamente en la personalidad augusta del Verbo increado, es sublimada infinitamente por este concepto; porque sus acciones adquieren un valor infinito, tan infinito, como era necesario para la redención del universo culpable, ante la majestad infinita de un Dios ofendido, que hace infinita esa misma acción humana

de pecado, por razón del término á quien se dirige; porque en fin, en virtud de la santa y adorable unión hipostática, ó de ambas naturalezas, ofendida y ofensora, en un sólo término y supuesto, la humanidad mira perfecta y completamente realizada en el Hijo de Dios humanado, aquella promesa deslumbradora, que Satanás pudo ofrecer, pero no cumplir, por boca de la serpiente, al pie del malhadado árbol del Paraíso; *seréis como Dioses si coméis de este fruto*; si hermanos míos: el hombre es Dios en Cristo, y Cristo en cuanto hombre, se sienta á la derecha del Padre, con gloria y majestad suprema, según reza nuestro símbolo: ¿queréis más? Cristo, en cuanto hombre, es cabeza de los ángeles confirmados en la gracia; y ya sabéis que esta exaltación de la naturaleza humana sobre la angélica, que la grandeza de esta unión de Dios y Hombre, para redimir á la humanidad caída, espantó de tal modo á las tribus celestiales, que aguijoneadas por la soberbia, gran parte de ellas vinieron á caer para siempre en el abismo.

Pero esta elevación de la humanidad en el Verbo encarnado, se hace más notable en su íntima unión con la naturaleza humana, en el seno de la Virgen Madre, que es apellidada como no ignoráis, Madre de Dios, y no solamente Madre de Cristo, es decir, Madre del hombre ó de la naturaleza humana, que Ella presta al Verbo en ese Misterio inefable; por eso también son absolutamente inseparables en este acto glorioso, y en todas sus consecuencias, la personalidad de Cristo y la personalidad de María; las glorias del Hijo y las glorias de la Madre; el Misterio de la Encarnación del Hijo de Dios y el de la Anunciación de María; por eso os anuncié yo dos Misterios en los dos versículos que he tomado por temas aunque vengan luego á refundirse en uno sólo: María, anunciada, se muestra Virgen y comienza el Misterio de la virginidad, velo del arcano inefable del segundo, que en expresión de San Ignacio Mártir debía engañar al que engañó á nuestros padres, y permitir así la redención por el sacrificio.

¿Lo diré ya con San Bernardo, con toda la precisión, dul-

zura y posesión del asunto que acostumbraba el Santo Abad de Claraval, cuando se ocupa sobre todo de María? Sí; voy á decirlo, porque sobre sus dos hermosas afirmaciones traigo basado el plan de mi oración en este día: *María*, dice terminante el Santo Padre al ocuparse de este inefable Misterio, *agradó á Dios por la pureza de su cuerpo, y concibió al Verbo por la humildad de su corazón.*—*Virginitate placuit; humilitate concepit.*

He aquí, hermanos míos, las dos principales virtudes que merecieron á María esa maternidad dichosa, y por Ella al mundo esa redención, dichosa también, que os indicaba al comienzo de mi discurso, fundando mi idea en los dos versos que acababa de anunciar; por ellas, y sólo por ellas, la humanidad redimida puede repetir sin cesar á la Madre, aquellas hermosas y entusiasmadas frases que Marcela, según la tradición, dirigiera al Hijo.—*Bienaventurado el seno que te llevó y los pechos que te amamantaron*; pero sin olvidar la misteriosa respuesta del Salvador del mundo.—*Más bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan.*

Oidla vosotros con fe y con amor, para que el Hijo de Dios encarne en vuestros corazones, mientras, recordando la bellísima escena que acaba de describirnos con palabra inspirada San Lucas, saludamos á la doncella anunciada por el Arcángel y fecundada por el Espíritu Santo.

#### AVE MARÍA.

¿Qué personajes intervienen, mis amados hermanos, en ese grandioso drama que se realiza en el humilde y oscuro aposento de la desposada de Nazareth, esa pequeña y retirada aldea que no merece ni en la antigua Escritura las alabanzas y las profecías que Belén, la pequeña, la efratéa, de la que había de salir el caudillo que rigiera el pueblo de Israel, según la valiente expresión del Profeta de Morasthi?

Tres únicamente: Dios, un ángel y María; y notad bien que con ellos basta y sobra para tratar y convenir y ultimar

el gran negocio de los siglos, la redención y el porvenir de la humanidad, porque en esas tres personas existen tres naturalezas diferentes, la divina, la angélica y la humana.

Dios, el más puro de los espíritus, el Virgen por excelencia y el primer Virgen, en palabra del gran Obispo de Nazianzo, engendra un Hijo en el principio, no del tiempo, sino de la eternidad; no entre las miserias de la corrupción y destinado á morir con su Padre un día, á semejanza de los hijos de los hombres, sino entre los eternos resplandores de los santos, antes de la estrella de la mañana, y que, como su eterno Padre, no ha de tener fin, consustancial con Él, imagen perfectísima y acabada de su bondad, de su inteligencia y de su poder; y porque amándose el Padre y el Hijo, producen, que ya no engendran, al Espíritu Santo, término inefable del amor divino, y por lo tanto de la voluntad, que no del entendimiento, y porque á imagen y semejanza de esta Deidad trina, una é indivisible, determinan crear al hombre en el tiempo, y porque este hombre pierde esa imagen, van á reproducirla, y tan adorablemente, que el Padre pedirá su consentimiento á la naturaleza humana; el Hijo la tomará sobre sí, supuesto ese consentimiento, con todas sus miserias, excepto el pecado; y el Espíritu Santo será el artífice divino que venga á infundir en esa nueva creación el espíritu de la vida.

El ángel, hermosa y noble criatura, destinada para habitar siempre en los alcázares del cielo, para contemplar á Dios, para cumplir eternamente la santa y precisa ley de la adoración, espíritu puro, desembarazado de toda materia, primera y próxima creación de Dios; pero creación que ha sufrido también su prueba, prueba terrible, con motivo de la creación del hombre, y de su caída, y de la promesa de su reparación; y que confirmada en la gracia, é instruída en los divinos arcanos, sin duda, en premio de su obediencia y de su fidelidad, es enviada á María en uno de sus más renombrados caudillos, portador de un secreto que lleva en su mismo nombre, y que ciñe como con una venda los ojos del príncipe de las tinieblas,

y cubre sus oídos para que no escuche la conversación de que ha de resultar Dios hecho hombre.

Una Virgen: es decir, una pura criatura sujeta por su naturaleza y condición á todas las miserias de la humanidad caída, á la que va á representar por entero en este Misterio de su exaltación y de su gloria; pero preservada de la culpa original, por especialísimo singular privilegio y predestinación ordenada en los consejos eternos; que no merece, en su calidad de criatura, de justicia rigurosa, *de condigno*, para usar por un momento la frase escolástica, la maternidad divina para que ha sido elegida; pero que dada su elección, la merece *de congruo*, y lo mismo y por lo mismo, todas las prerrogativas y privilegios que deben necesariamente acompañarla; porque la merece *por conveniencia*; porque la merece por sus virtudes, de que va á dar la más relevante prueba, al aceptar por fin esa maternidad dichosa y esperada; porque prefirió la Virginitad á las promesas y esperanzas de su pueblo; porque se consagró en esa virtud á Dios, por espontáneo y solemne voto, desde los albores de su vida; porque lucha mejor que el antiguo Jacob hasta con el ángel, ante cuya presencia se turbó desde luego, y brilla Virgen entre los resplandores divinos y angélicos, como la zarza misteriosa en Horeb: basta; voy á decirlo con San Bernardo, que lo dirá mejor que yo seguramente: *porque si Dios había de nacer, sólo podía nacer de una Virgen; y si una Virgen concebía, quedando Virgen, esa Virgen sólo podía concebir, quedando Virgen, á Dios.*

Mas examinemos por un instante esas tres purezas que vienen á tomar parte en esta escena bellísima; y ya que las hemos admirado diferentes, veamos en este caso cuál aparece la mejor, cuál determina el acto á que todas tres concurren, cuál en fin se lleva la palma de la victoria en esta lucha de gigantes, en esta lucha de pureza divina, angélica y humana.

Dios es, como acabamos de ver, pureza esencial; la virginitad en Él, es tan inherente, tan necesaria de todo punto á su

ser y á su naturaleza, que constituye uno de sus atributos más hermosos y preciados; y esa pureza esencial, omnipotente y creadora é inspiradora de toda pureza, se humilla ante la Virgen de Nazareth, pidiéndole su consentimiento; ¿por qué? vamos á verlo.

En Dios, la virginitad es su ser, su principio, su naturaleza; en el ángel, es el fruto de un privilegio glorioso; en la criatura, del mérito: por eso Dios, se humilla, y humillándose Dios ante la pureza de la Virgen creada, no mucho ya que el ángel se postre ante María, humillando su pureza ante la Virgen Madre.

Pero, ¡qué pureza, mis hermanos! ¡Qué virginitad tan incomprendible y tan meritoria! Virgen por elección, Virgen por inclinación, Virgen de inteligencia, Virgen de corazón, Virgen de cuerpo y espíritu, Virgen prudente, Virgen santamente temerosa, Virgen fuerte y poderosa hasta el extremo de preferir á todo en la tierra como en el cielo esa su virtud predilecta, Virgen que oculta, en fin, un tesoro á los ojos del mundo, casta y bella desposada que al ocultar su virtud, sólo manifiesta á su pueblo la esterilidad, la maldición y el oprobio; ¡qué mucho ya, mis amados, que esa virginitad sea la preferida para el misterio augusto de la Encarnación, y que Dios y el ángel vengan á pedirla que consienta en ser Madre del Altísimo!

Sí, esa duda ha valido á María, como os indiqué al comenzar, toda una maternidad divina; el arcángel ha ido como escondiendo la parte más principal y asombrosa de su secreto, la porción más augusta de su noble y altísima embajada, para dejarla caer en el corazón de María luego que ésta se haya mostrado digna de Dios, agradable á Dios, por el supremo esfuerzo de cariño hacia esa virtud esencial en Dios que va á residir en su seno de allí á algunos instantes: *no temáis, Virgen purísima*, exclamaba el celebrado Bossuet, *no temáis: Dios mismo será vuestro esposo. El purísimo sólo se une á la pureza, se une á su Hijo sin compartir concepción ni generación con otro, en la eternidad como en el tiempo, en el cual*

*se une á una Virgen por ser la más perfecta semejanza suya. El Padre, pues, está con Vos, en su generación eterna; el Hijo en vuestro seno, unido á la sangre de vuestro corazón, el Espíritu Santo os cubrirá con su gloria.*

Pero aún nos resta considerar la palabra que termina la operación del Misterio: que si María ha sabido agradar á Dios por su virginidad, ha concebido, en fin, por su humildad al Verbo.

Es la humildad, hermanos míos, la más perfecta entre todas las virtudes, porque es el vacío misterioso para recibir las todas: Dios mismo, con ser Dios y omnipotente no hallará lugar en un corazón henchido por la soberbia y el orgullo; leed la parábola admirable del Fariseo y del Publicano: el primero podría ser muy justo, á lo menos en su equivocado concepto, pero no descendió justificado á su morada como el segundo, por más que se confesase un gran pecador; ¿qué más? la misma Virgen Madre, en su bellissimo é inspirado canto eucarístico ó de acción de gracias, coloca en la humildad la primera y principal causa de su elevación y de las alabanzas y bendiciones de la humanidad hasta el fin de los siglos. *Porque atendió á la humildad de su sierva, por ello me llamarán bienaventurada todas las generaciones.*

No bastaba, pues, ser casta; era preciso ser humilde en medio de esa exaltación y santo orgullo que podía prestar esa misma virtud tan especial y única como habéis acabado de ver en María: *muchas hijas amontonaron riquezas, pero Tú las has superado á todas*, afirmó en profética frase el Santo Libro de esta Virgen casta y humilde, de esta pura esclava del Señor, según su palabra.

Y no podía suceder de otra manera; tratábase de un Misterio de profundísima é inconcebible humildad; del Dios que se anonadaba á sí mismo tomando la forma de siervo, según San Pablo; de un Dios, me permitiré añadir ahora yo, que sublimaba una pura criatura, aunque Virgen, á la infinita dignidad de Madre de Dios, y que se humillaba más todavía ante

la criatura que había determinado ensalzar en esa medida para obtener su consentimiento, que enviaba en prueba de esa humillación divina nada menos que uno de sus ángeles, y que esta naturaleza superior que debía humillarse ante Cristo, que al fin era Dios, se postraba antes de Cristo ante la criatura que debía concebirle.

Por estas razones, Dios, que en frase de la Escritura Santa resiste á los soberbios y da gracia á los humildes, que sabe bajar de lo elevado de la luz inaccesible en que habita, para contemplar como entusiasmado las obras de la humildad, y apenas se digna arrojar una mirada de desprecio sobre las alturas deleznable de la rebeldía, rasgó el manto inmenso azul de los cielos para reposar su mirada amorosa, tranquila y satisfecha, mejor que en la creación de la naturaleza, sobre Nazareth, la ciudad de las flores, y sobre esa flor oculta y delicada que como la violeta, perfumaba en lo escondido la humildad de su morada, como de su corazón, y la saludó por embajada de su arcángel, llena de gracia, unida con el Señor y bendita entre todas las mujeres con fruto bendito en su seno.

Y se entabló la lucha de la humildad, como desde antiguo se hallaba entablada en el mundo la lucha de la soberbia; luchaba la humildad infinita, incomprendible del Verbo, que debía anonadarse en unas entrañas creadas, pero luchaba con otra humildad infinita á la vez, si puedo expresarme así, con los Padres y Doctores de la Iglesia, en la humildad de María, inconcebible también en cierto modo, y en esta lucha de humildades, como la humildad de Dios necesitaba de la humildad de la criatura, fué la humildad de la criatura la que realizó al fin la humildad de Dios.

Porque á la verdad, hermanos míos, ser humilde en la caída y el arrepentimiento como el Publicano en el rincón de la casa de Dios, como Manasés entre las cadenas, como Nabucodonosor reducido á la degradante condición de los brutos, como David en su lecho de remordimientos, es grande, y misterioso y admirable; es la expresión del reconocimiento de la culpa,

de la aceptación resignada de sus consecuencias, de la bondad y justicia infalible del Dios que nos castiga por nuestro bien; es el *bonum mihi quia humiliasti me* del rey adúltero y homicida que día y noche comía el pan amasado con su llanto porque se reconocía culpable; pero ser humilde, no ya con algún mérito como Isabel y el Bautista, Tobías y Job, Isaac y el pobre hermano vendido por la envidia junto á la seca cisterna de Dothain, sino en la plenitud de la gracia, saludada, ya lo habéis oído, como unida á Dios, bendita en el mundo, teniendo á el ángel á sus pies y á Dios esperando humilde que le permita tomar su sangre para hacerse hombre, esto ya no es precisamente virtud, esto es el colmo de la virtud, la plenitud de la humildad, el milagro de los humildes, el pasmo de cielos y tierra; y esto acabó de determinar al Verbo: al *fiat* de María, á esa palabra que alegró á Dios y al mundo, al ángel y al hombre, al universo de la naturaleza y al de la gracia, á la frase de María que repiten sin cesar los coros de los ángeles y las legiones de los justos: *He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra*, respondió esta otra frase del Eterno, transmitida á la mente, á los labios y á la pluma del hijo adoptivo de María al pie de la cruz: *Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros: y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.*

Pero ¿has mirado bien esa palabra, Virgen casta y humilde? ¿has meditado bien que *esa palabra que se va á operar en ti*, no es precisamente ni por el momento, ni en toda tu vida sobre la tierra la palabra que dará á tu Hijo el trono de David, su padre, ni su reino eterno según las promesas que has escuchado de boca de Gabriel que te adoraba? ¿has comprendido que esa palabra es la palabra del establo y de la cruz, de la pobreza y de los dolores, de la persecución y de la muerte que has de compartir con El hasta la consumación total del sacrificio, noble y generosa víctima? ¿has llegado á entender que esa es la palabra aparentemente severa que te dirigirá en el templo, sentado entre los hombres de la Ley, cuando tú, po-

bre Madre, le halles al fin después de tres días de dolor y de angustia? ¿que es la palabra de repulsa visible que en las bodas de Canaá ha de contestar á tu humilde y cariñosa súplica en favor de aquellos esposos y convidados? ¿que es la palabra solemne y suprema, consoladora para nosotros, pero amarga entonces para ti, pronunciada desde lo alto de la cruz, en que te llama *Mujer*, el que ahora te envía á decir si quieres ser su Madre?

Sí, todo lo sabe y todo lo ha comprendido bien, mis hermanos; y ha medido el alcance de esas palabras, y ha afrontado serena y tranquila todo peligro, y ha bebido hasta las heces en ellas y por ellas, el cáliz que compartió con su Divino Hijo antes y mejor que los hijos de Salomé, que pedía recompensas antes de librar combates: pero en su humildad profunda, en su abnegación sublime, en su amor á Dios á quien servía y á la humanidad á quien salvaba, la noble y santa doncella, viendo asegurada su más valiosa joya, triunfante é intacta su virginal pureza por la que tanto agradó, nueva Esther, en presencia del divino inmortal Asuero, se desmayó en humildad, ante su trono de justicia, para otorgar á su pueblo la libertad y la vida en su misericordia.

Por eso el monarca de las eternidades la tocó inmediatamente con su invisible, pero fecundo protector cetro; y el que había dado una ley para todos excepto para ella, y la había concebido en su mente primero y en las entrañas de Ana *la graciosa*, sin mancha ni sombra de pecado; Aquel que en arrojada frase de Job, halla maldad hasta en sus ángeles, bajó inmediatamente al seno de la que agradó su omnipotencia y su amor por la pureza de su cuerpo y arrebató su alma por la humildad de su corazón y quedó allí sin dejar de ser Dios hecho hombre verdadero.

Dios te salve, pues, María, llena de gracia, puesto que eres ya Madre del Autor de ella; bendita entre todas las mujeres, y bendito en ti todo el humano linaje, antes apartado de Dios por la culpa; y bendito el fruto de tu vientre, que te convierte

en árbol del Paraíso nuevo, Madre de Jesús nuestro Salvador, y bien inefable: ruega por nosotros tú, Madre de Dios, María santa sobre toda santidad, poder y patrocinio, para que nosotros pecadores, concebidos en la iniquidad, indignos de perdón y de gracia, seamos dignos por Ti y en Ti, Madre mía, que ruegas por nosotros ahora y en la hora de la muerte, de alcanzar y gozar las promesas de Jesucristo en el cielo.—Amen.

### PLAN DEL SERMÓN DE LA ANUNCIACIÓN DE NUESTRA SEÑORA.

*¿Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco?.... Ecce ancilla Domini. fiat mihi secundum verbum tuum.*

¿Cómo se hará esto, porque yo no conozco varón?.... He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.

(Luc., cap. I, vs. 26 y 28.)

*Exordio.* Breves frases sobre la importancia de estos dos versículos, que sintetizan todo el Misterio, y á la vez todo el plan de este discurso.—Las glorias del Verbo encarnado y de la humanidad, inseparables.—Elevación del hombre en Cristo.—Cumplimiento verdadero de la falaz promesa de la serpiente en el Paraíso.—Las glorias de Cristo y de María unidas también.—Las virtudes de María y su mérito para la maternidad divina, *de congruo*, las dos principales, que, según San Bernardo, determinan el Misterio.—Pureza y humildad.—María agradó á Dios por la pureza de su cuerpo.—Concibió al Verbo por la humildad de su corazón.—*Virginitate placuit.*—*Humilitate concepit.*—División del tema.—Ave María.

1.<sup>a</sup> parte. Dios, el ángel y la Virgen.—Las tres purezas, divina, angélica y humana.—Es preferida en este Misterio la última.—Por qué:—La pureza en Dios, esencial.—En el ángel, privilegio.—

En la Virgen, mérito.—Y qué mérito, y qué virtud.—Lucha de purezas.—María, virgen por elección y voto.—Ocultando su heroica virtud al mundo.—Despreciando por ella, en cierto modo, hasta la maternidad divina.—Esa condición que pone, la vale ser Madre de Dios.—Agrada mucho al Purísimo, tal pureza.—Palabras de San Bernardo y de Bossuet.

2.<sup>a</sup> parte. Elogios de la humildad.—Vacío misterioso para recibir gracias.—Parábola del Fariseo y del Publicano.—No bastaba ser pura.—Orgullo, en esa misma virtud.—La humildad, según la misma Virgen, causa motiva de su bendición por las generaciones todas.—Milagro de humildad.—La humildad en el arrepentimiento, grande.—David.—Manassés.—Nabucodonosor.—Con algún mérito, sublime.—Job.—Tobías.—Isabel y el Bautista.—En plenitud de gracias, asombrosa.—Y así necesitaba Dios, para este Misterio de humildad, lucha de humildades, como antes de purezas.—Triunfa la de la criatura.—Responde la del Verbo.—Consecuencias de su palabra en María: salvada su pureza, se somete sin condiciones.—Virgen prudente y fuerte.—Súplica.